SALVADOR RUEDA EN SUS CARTAS (1886-1933)

Amparo QUILES FAZ

(Málaga: AEDILE, 2004, 240 páginas)

Tras el *Epistolario de Salvador Rueda. 1.-Ciento treinta y una cartas autógrafas del poeta (1880-1932)*, que la profesora Amparo Quiles, especialista en literatura española del siglo XIX y autora de un centenar de artículos del *Diccionario de escritores de Málaga y su provincia* (Castalia, 2002) y del libro *Málaga y sus gentes en el siglo XIX. Retratos literarios de una época* (Arguval, 1995), diera a conocer en 1996 (Málaga, Arguval), se publica ahora el título siguiente del ambicioso proyecto en que se halla inmersa su autora: la edición del extenso y nutrido epistolario que el poeta malagueño dejó disperso tras su muerte.

Si en aquella primera parte se reunían ciento treinta y una cartas autógrafas, en este nuevo volumen van a agruparse "setenta y cinco cartas escritas por el poeta [...] y publicadas en las páginas de la prensa local, nacional y extranjera" a lo largo de más de cuarenta años. Está muy clara por tanto la distinta procedencia de los textos y la ingente labor investigadora que ha tenido que desarrollar en esta ocasión la profesora Quiles; más aún si tenemos en cuenta que se han "transcrito cartas provenientes de una

treintena de periódicos y revistas: malagueños como *La Unión Mercantil, El Popular* y *Vida Gráfica*; andaluces como *El Diario Liberal* y *Diana de Cádiz*; nacionales como *La Ilustración Ibérica* de Barcelona y, sobre todo, prensa madrileña, donde aparecen cartas de Rueda en los principales diarios como de *El Globo, El Heraldo, El Ateneo, El Imparcial, El País, España Nueva* y *Helios*, [...] También [...] en los diarios mexicanos como *El Demócrata, El Pueblo, El Nacional* y *El Universal*".

Los textos de las setenta y cinco cartas vienen precedidos por un prólogo en el que la autora no solo explica el alcance de su proyecto, sino que adelanta algunas de las claves que vamos a ir encontrando a lo largo de su lectura. Desde las peculiaridades del carácter del poeta, como la aparente contradicción entre su modestia personal y la orgullosa certeza de su valía profesional, hasta su confesado apoliticismo o sus filias y fobias literarias.

El volumen se completa con un utilísimo "índice onomástico (de personas, periódicos y obras)" que facilita las tareas de consulta del lector interesado.

Si nos atenemos al contenido del epistolario, encontramos dos tipos de cartas bien diferenciadas. Un primer grupo, muy escaso en número, pero muy bien elegidas por la profesora Quiles, está formado por aquellas cartas que no fueron escritas con la intención de ser publicadas. Son textos íntimos en los que un joven Rueda solicita atención crítica a Menéndez y Pelayo, da abiertamente su parecer sobre autores consagrados coetáneos, o bien, ya anciano y enfermo, se queja por la tardanza en verle la cara a Dios. Estas cartas, por tanto, no van a ver la luz hasta después de la muerte del poeta y tienen el valor añadido de ayudarnos a conocer al Rueda más auténtico, sin cortapisas ni censuras –resulta admirable, en su laconismo, la carta 73, en la que el poeta malagueño, poco antes de morir, se dirige a su médico, don Manuel Pérez-Bryan-.

Tiene también especial interés, como ilustración de la controversia acerca de los orígenes del Modernismo, la carta personal a Fernando de los Ríos en la que Rueda critica de forma acerada a su más íntimo enemigo, Rubén Darío:

> *Es importador, trasegador, barajador, amalgamador, todo menos creador. Y no enciende en fe, ni en amor, ni en piedad, ni en patria, ni en sabiduría, ni en ternura, ni en entusiasmo, ni en naturaleza, ni se apoya en las columnas capitales del alma ni de la vida. Como dice el maestro Unamuno, es sólo un cisne disecado. Eso es sólo, elegancia y elegancia fría. A mí no me ha conmovido jamás. ¡¡Usaba diccionario de la rima!! Sabe V. que fuimos camaradas íntimos y*

> *revolucionarios, pero yo lo fui humano, original y con elementos españoles, y él lo fue de pura repercusión francesa. Ni a mi corazón ni a mi cerebro le dice nada Rubén Darío, porque él no tenía cerebro ni corazón* (carta 62).

A veces, Rueda responde a escritores primerizos que le piden opinión sobre alguna de sus composiciones. Es en estos momentos, en los que el poeta desciende al terreno de la práctica, cuando se nos muestra el crítico más lúcido y con menos concesiones al tópico:

> *¿Qué me parece su soneto? No tan afortunado como otras cosas suyas, por el abuso de repetir tanto el participio en las consonantes y porque la trayectoria de la idea, patria, que empieza bien, va descendiendo hasta un final débil de expresión y apagado de ritmo. Es más gallardo, además, cerrar oración en el primer terceto, y no dejar colgando la idea para que entre en el terceto segundo ya jadeante y agónica, al revés de los ríos, que van sumando afluentes hasta entrar triunfante en el mar* (carta 67).

El resto de cartas, que forman la inmensa mayoría, fueron escritas pensando en su publicación en la prensa de la época. Hay que tener en cuenta que Rueda no tiene otra forma de mantenerse y necesita del dinero que le proporcionan. En contrapartida, no pocas veces el poeta se queja del poco tiempo del que dispone para corregir y pulir su obra literaria:

> *Es triste ver que, de cuantos poetas escriben hoy, todos pueden guardar inédito su trabajo, pulirlo, limarlo, darle toques y retoques, menos yo, que pongo la pluma sobre el papel, y allá va un río espontáneo de versos, que llega al público tal como salen de la fuente* (carta 40).

Este conjunto de cartas son, por tanto, absoluta y conscientemente literarias, de forma y de contenido. Muchas de ellas aparecen casi repetidas y no van más allá del tópico, sobre todo las que se refieren a la ciudad de Málaga o al pueblo de Benaque, lugar de nacimiento del poeta: son aquellas en que el poeta deriva en cronista periodístico y se afana por describir, de una manera muy cercana al romanticismo decimonónico, el pintoresquismo de algunas ciudades o de sus fiestas:

> *Ya no veré la montaña cuajada de ricos hoteles que se alza desde el puerto hasta el Palo, a cuyo pie canta su romanza monótona el mar y enseña el escorzo de su playa; no veré al lado del paseo del muelle el laberinto de barcos que cruzan sus cuerdas y sus jarcias componiendo*

> *un panorama magnífico; no apalearé lasondas nadando en los estanques de los baños; ni llegará a mi oído como una barcarola el pregón del vendedor de pescado que va con los brazos en jarra, los cenachos pendientes de los brazos, el sombrero sobre el bronceado rostro, y en la cintura la caja de dinero* (carta nº 15).

En otras, sin embargo, mucho más interesantes, el poeta quiere dejar constancia de su posición en el mundo de las letras, de sus ideas literarias o de su influencia en los autores más jóvenes. Quizás de las más instructivas sean aquellas en que Rueda polemiza públicamente con Manuel Altolaguirre, director del periódico malagueño *La Unión Mercantil*, a propósito de las críticas que éste hace a su poemario *Himno a la carne*, publicado en 1890. Muy atinadamente, la profesora Quiles no solo aclara en nota a pie de página los pormenores de la polémica, sino que también inserta la respuesta de Altolaguirre para que el lector conozca ambas perspectivas. El final del texto de Altolaguirre no puede ser más irónico ni más demoledor:

> *Repasa bien tu Himno a la carne (que resulta ahora en Málaga de actualidad pues ha subido el kilo veinte céntimos); recuenta tus ripios; haz un inventario de los amaneramientos de forma, del artificio de algunos conceptos que no he podido depurar, [...] y concluirás por dar la razón a este tu apasionado y humilde gacetillero de las musas* (carta nº 20).

Una respuesta que no significa la ruptura de la amistad entre los dos colegas, prueba de ello es que Rueda seguirá publicando cartas dirigidas a su amigo Manuel Altolaguirre.

No pocas veces las cartas que el poeta envía al periódico de turno están en verso. En algunas ocasiones adelanta algún poema de un libro en preparación, en otras, versifica sus ideas literarias o sus más enconadas polémicas. Entre estas, destaca por su frescura y su fina ironía la petición que Rueda hace al Ministro de Fomento para que le traslade de su lóbrega oficina, en la que trabaja de archivero, a otra más cálida y luminosa:

> *¿Qué hice yo para mirarme / siete varas bajo el suelo, / en esta cárcel sombría, / en este pozo dantesco? / ¿Cuál fue mi enorme delito / para nombrarme heredero / de la prisión que Candelas / vivió en estos centros frescos?* (carta 34).

No acaba aquí, por supuesto, el interés y los temas tratados en estas nuevas setenta y cinco cartas; las cartas americanas, por ejemplo, nos dan una excelente perspectiva de las relaciones de la España de entonces con los países americanos, especialmente con Méjico; y muchas otras resultan imprescindibles para el estudioso o el investigador de temas malagueños, ya que son muchos los personajes locales o las anécdotas ciudadanas que Rueda cita o esboza con su pluma. De su lectura aún puede sacarse otro provecho: las cartas rescatadas y transcritas por la profesora Quiles resultan, en conjunto, un fresco vívido y real de las contradicciones en que la España de la época está inmersa y de su pugna por modernizarse y entrar, de verdad, en el siglo XX.

Antonio Aguilar
Universidad de Málaga